



UNIVERSIDAD DE LEÓN

Departamento de Filología

Hispánica y Clásica

CUESTA TORRE, María Luzdivina, “Realidad histórica y conflictos bélicos ficticios en el Amadís de Gaula”, en Caballerías, eds. L. Von der Walde Moheno y Mariel Reinoso, Colección de libros dossiers de la revista digital Destiempos, año 4, nº 23, 2009-2010, pp. 329-363. ISBN: 978-528-37-26.

Puede leerse la versión digitalizada en: http://www.destiempos.com/n23/dossier_n23.htm

REALIDAD HISTÓRICA Y CONFLICTOS BÉLICOS FICTICIOS EN EL *AMADÍS DE GAULA**

M^A LUZDIVINA CUESTA TORRE
UNIVERSIDAD DE LEÓN

Página | 329

En homenaje y afectuoso recuerdo a Alan Deyermond, quien fue tutor de mis investigaciones durante tres maravillosos meses en el Westfield College en 1991 y formó parte del tribunal de mi tesis doctoral en 1993, honrándome durante todos estos años con su amistad.

El mundo de las armas resulta un componente esencial de los libros de caballerías, y así ocurría también en el *Amadís*, ya conocido durante la Edad Media y confirmado por la imprenta como modelo del género de mayor éxito editorial del siglo XVI. Como parte imprescindible de ese mundo de las armas, en el *Amadís* no se va a descuidar reflejar la guerra como actividad fundamental del caballero, máxime cuando la refundición de Rodríguez de Montalvo se va a realizar tras un periodo de intensa conflictividad bélica en la península: la conquista de las Canarias,¹ la guerra de los Reyes Católicos con Portugal por los derechos de doña Juana, llamada “la Beltraneja”, la guerra territorial con Navarra y la guerra

* Este artículo es revisión, actualización bibliográfica y ampliación de un trabajo anterior publicado en su día con el título “La guerra en el *Amadís* de Montalvo” en *Trilcedumbre. Homenaje a Francisco J. Martínez García*, ed. José Enrique Martínez, León, Universidad de León, 1999, pp. 113-132. Dicha revisión y actualización se ha realizado en el marco del proyecto de investigación “Creación y desarrollo de una plataforma multimedia para la investigación en Cervantes y su época”, ref. FFI2009-11483, subvencionado por el Ministerio de Ciencia e Innovación.

¹ En otros lugares (Cuesta 2001, 26-31 y 2002a, 98-100) he defendido la posible influencia de la guerra de conquista de las islas Canarias, que se alarga durante todo el siglo XV, con episodios de rivalidades entre Castilla y Portugal por el dominio sobre el archipiélago entre 1434 y 1437 y con sublevaciones en la época de los Reyes Católicos, sobre la presentación de las islas en el *Amadís* y en otros libros de caballerías como territorios dominados por gigantes, paganos o infieles persecutores del cristianismo, aspecto que permitiría calificar su conquista como “justa” según la teología y legislación de la época.

de Granada que pone fin al periodo de la Reconquista.² Por otra parte, la guerra constituyó durante la Edad Media la principal función de la caballería. Sin embargo, la visión que Montalvo presenta de la guerra no ha sido objeto de una atención particular por parte de la crítica, si exceptuamos el excelente análisis de Avalor-Arce del enfrentamiento entre Amadís y Lisuarte en el Libro IV (1990, 342-361) y el ya clásico estudio sobre el *Amadís* de Cacho Blecua (1979, 133-136, 269-271 y 296-306), aunque ambos se han centrado más en el tópico enfrentamiento entre rey y caballero ejemplar. Éste reproduce el tema artúrico de la guerra entre Arturo y Lanzarote, que los lectores castellanos conocerían a través de *La demanda del Sancto Grial* (caps. CCCCI-CCCCXXI). En el *Amadís* son “malos mestureros” los que inician la enemistad del héroe y el rey (cap. LXII), al igual que en el *Cantar de mio Cid*. Cacho Blecua señala: “Hasta el Libro III, la guerra colectiva apenas tiene importancia. P. Corominas (art. cit.) había notado la ausencia de guerras colectivas. El hecho es aplicable sólo a los dos primeros libros” (1979, 299, n. 4). Avalor-Arce insiste además en la abundancia de conflictos bélicos que presenta el *Amadís* en comparación con sus modelos artúricos (1990, 218). Pero muchos otros aspectos del contenido militar de la obra han sido pasados por alto³, a pesar de que serán las guerras amadisianas el modelo de otras guerras de ficción librescas del siglo XVI.

Las guerras que se describen son nueve, y el número y la importancia de éstas, en proporción directa con la extensión de su descripción,

² Sobre la fecha de composición del *Amadís* refundido por Garcí Rodríguez de Montalvo, véase Cacho Blecua (1979, 407-413), que la establece entre los años 1492 y 1506. Atribuye al regidor de Medina del Campo la amplificación de la batalla final entre Lisuarte y Amadís. Para Ramos (1994, 503-521), la fecha se puede precisar más: el refundidor habría concluido su labor entre febrero de 1495 y la conquista de Melilla en 1497. En la conferencia “El *Amadís de Gaula* y los Reyes Católicos”, pronunciada el 5 de noviembre de 2008 en el Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, Nicasio Salvador Miguel propuso una fecha de composición entre 1494-95.

³ No así el análisis de las armas del *Amadís*, al que ha dedicado Riquer un excelente estudio (1987, 55-180). Muy interesante es la comparación realizada por Montaner (2008, 541-561) entre el *Amadís* primitivo y el de Rodríguez de Montalvo en cuanto al uso de la emblemática en la descripción del armamento en la obra.

se incrementa a medida que el lector se acerca al final de la obra, aunque no es cierto que en los dos primeros libros no existan conflictos colectivos. Así, tanto en el libro I como en el II hay dos guerras, en el libro III hay tres, además de un combate naval, y en el IV, aunque sólo hay dos, están tan ampliamente desarrolladas que incluyen prácticamente casi todo el libro. Antes de continuar, conviene recordar cuáles son esos conflictos bélicos:

- a) La guerra entre el rey Abiés de Irlanda y el rey Perión de Gaula. Se dedican a ella los capítulos VIII-IX, aunque el tema se anuncia ya en el cap. IV. Existe una batalla general y finalmente el enfrentamiento entre ambos reyes se dirimirá en un combate singular entre el rey Abiés y el Doncel del Mar.⁴ El conflicto se inicia a la vez que la vida caballeresca de Amadís y va a redundar en el reconocimiento de éste por sus padres, de forma que el héroe deberá a este suceso bélico la recuperación de su identidad, y se convertirá, gracias a ello, en el heredero del reino de Gaula.
- b) La sublevación de Barsinán, apoyado por el malvado Arcaláus. Se desarrolla principalmente en los capítulos XXXVII-XXXIX, aunque todo lo relacionado con el rapto de Oriana y del rey Lisuarte forma parte de los preliminares de esta rebelión.
- c) La guerra entre el rey Cildadán y el rey Lisuarte (caps. LVIII). En este caso se produce una batalla global entre el ejército de Cildadán y el de Lisuarte. En la hueste del segundo se encontrarán Beltenebros y sus amigos, a los que se deberá en realidad el éxito bélico del rey de Gran Bretaña. La descripción de la batalla se corona con la persecución y el exterminio casi total del enemigo. La persecución del enemigo vencido era habitual en las guerras medievales, aunque, tal como refleja el texto, no se proseguía durante mucho tiempo. También se describe en el *Libro del caballero Zifar* (LCZ 1982, 165 y 422).

⁴ Sobre los aspectos tópicos en la descripción de combates singulares, véase Cuesta (2002b, 519-530).

- d) Se amaga otra guerra más entre el señor de la Isla del Lago Ferviente y Lisuarte, pero la batalla entre los dos ejércitos no llega a producirse, ya que se encomienda la resolución del conflicto a un combate singular entre Amadís y Ardán Canileo (cap. LXI). El primer conflicto del Libro I, con combate general y singular, se ha desdoblado en el libro II en dos guerras diferentes, la primera resuelta con un combate general y la segunda con un combate singular.

En el Libro III las guerras se multiplican, reflejando así la situación conflictiva que se ha creado entre Lisuarte y Amadís. Al ver su división los enemigos de ambos cobran nuevos ánimos.

- e) Guerra entre don Galvanes y Lisuarte (cap. LXVII). Los amigos de Amadís se encuentran divididos entre uno y otro bando y, por primera vez, el héroe no participa en la resolución del conflicto. Hay una batalla general y después se produce el asedio de la fortaleza de la Isla del Lago Ferviente. Se resalta la timidez de don Florestán en atacar al rey Lisuarte, como motivo fundamental de la derrota (*Amadís*, 1018).
- f) Primera guerra del rey Arábigo, y otros seis reyes de las islas animados por Arcaláus, contra Lisuarte (cap. LXVIII). Amadís, junto con su padre y hermano, interviene a favor de Lisuarte, si bien en realidad defiende las posesiones que deben recaer en Oriana. Por otra parte, los enemigos del rey de la Gran Bretaña son también enemigos de Amadís. A diferencia de lo que sucede en otras ocasiones, el héroe participará como un simple caballero, de incógnito, y no como caudillo o adalid.
- g) Guerra entre el rey Tabinor de Bohemia y el emperador Patín de Roma (cap. LXX). En el momento en que el conflicto se introduce en el argumento de la obra, están a punto de finalizar las treguas. Se plantean varias posibles soluciones. Finalmente se evitará la batalla general, substituida por otra de un número fijo de combatientes.

- h) Combate naval entre Amadís y Salustanquidio por Oriana (cap. CVII). Situada al final del libro III, constituye la razón de la guerra entre Lisuarte y Amadís, que se había evitado hasta ese momento. Avalle-Arce subraya el interés de Montalvo por la caballerisca marítima, a la que relaciona con el momento histórico, “época de grandes navegaciones y descubrimientos” (1990, 348).
- i) Guerra de Amadís y sus aliados contra Lisuarte y el Patín de Roma (caps. CVII-CXI). Es la más compleja de todas las planteadas. Se describe con gran lujo de detalles, desde sus primeros preparativos. Al detenido análisis del conflicto no debe ser ajena la realidad inmediata, sin duda conocida y tal vez vivida por Montalvo. Roubaud (1990, 540) y Marín (1996, 87-105, y 1995, 183-192) primero, y luego Cuesta (1995, I, 553-560) y Ramos (1995, 13-15) han subrayado la relación de las novelas de caballerías con la “actualidad” contemporánea y con la propaganda política de unos determinados ideales sustentados por la corona. No sería extraño ver en esta principal confrontación del *Amadís*, el reflejo del conflicto bélico y político entre Juana e Isabel, si se admite la tesis de Avalle-Arce de que el episodio ha sido modificado por Rodríguez de Montalvo, pues el *Amadís* primitivo planteaba la muerte de Lisuarte en la batalla contra el rey Cildadán (1990, 253-254). Este episodio procedería bien de la imaginación de Montalvo o bien de la ampliación de un episodio menor del *Amadís* primitivo. Tanto el argumento novelesco como la historia nos transmiten un desheredamiento por parte del rey de la infanta con mayores derechos a favor de una segunda heredera por una cuestión matrimonial. Oriana se niega a aceptar el matrimonio con el emperador de Roma alegando que su padre se había comprometido a no casarla contra su voluntad (*Amadís*, 696) y que obligarla a tomar marido en tierra extraña suponía, de hecho, la renuncia a su derecho de primogénita a reinar en su propio país

(*Amadís*, 1225-1228, 1236-1238, 1266 y 1283). También Enrique IV deseaba casar a su hermana Isabel con el rey Alfonso V de Portugal u otro candidato de su elección. Uno de los principales aspirantes a la mano de la infanta fue el hermano y heredero del rey de Francia, el duque de Guyena, con quien Isabel rechazaba casarse alegando que la mayor parte de los grande y prelados, consultados por ella secretamente, le habían contestado que no convenía “que casase en parte tan lexos de mi naturaleza”, y que, si el duque llegaba a ser rey de Francia, habría “inconvenientes, por la principalidad e mayoría del título que los franceses a Francia otorgaban, teniendo a estos vuestros reinos e grandes señoríos por provincia sufragánea” (según carta publicada en *Memorias de don Enrique IV*, citada por Soldevila 1995, I, 380). Isabel no quería alejarse de su patria y un matrimonio tal subordinaría las necesidades de su reino a las del más importante reino francés: argumentos similares a los empleados por Oriana para estorbar su enlace con el emperador de Roma. Enrique IV se había comprometido en la concordia de Toros de Guisando a no obligar a Isabel a tomar marido contra su gusto (Soldevila 1995, I, 377), como reclama Oriana y el matrimonio de Isabel y Fernando de Aragón se celebró, en cierto modo, “en secreto”,⁵ a espaldas del rey de Castilla y León, entrando el novio en Castilla disfrazado de

⁵ Hay una diferencia fundamental entre el enlace de Isabel y Fernando en la realidad y el de Amadís y Oriana en la ficción, pues si el primero se preparó y celebró en secreto para impedir que el rey pudiera evitarlo, no constituyó jurídicamente un “matrimonio secreto”, puesto que se celebró con testigos y con toda la ceremonia requerida por la Iglesia, e incluso hubo siete días de fiestas. Una vez celebrada la boda, Isabel y Fernando enviaron embajada al rey Enrique IV para explicarle su decisión y rogarle que aprobase el casamiento y las capitulaciones del matrimonio (Torres Fontes 1946: 358-368). El matrimonio de Amadís y Oriana sí responde, sin embargo, a la definición de “matrimonio secreto”, realizado únicamente con el concurso de los contrayentes y basado en su libre entrega mutua, y como tal ha sido estudiado por Justina Ruiz de Conde (1948: 173-227). Mientras la aparición en la obra del tema del matrimonio secreto no constituye un indicio de la inspiración del episodio en un acontecimiento histórico, sí lo son, en cambio, las circunstancias que rodean el intento de obligar a Oriana a casarse con el Patín y los argumentos empleados por ella y sus partidarios, tan similares a los utilizados por Isabel y los suyos.

mozo de mulas, y sus acompañantes de mercaderes, y tardó en ser reconocido por el Papa por carecer de su dispensa para este enlace entre parientes consanguíneos en tercer grado (Soldevila 1995, I, 380-382). El efecto inmediato que ese casamiento produjo fue que doña Juana fuese jurada como princesa y heredera de los reinos, y que se sucediera una época de guerras civiles entre los partidarios de ambas infantas. El paralelismo entre Isabel y Oriana, aunque convenientemente disimulado, no podía pasar desapercibido para los lectores del *Amadís* de Montalvo, que habían vivido estos hechos de tan enorme repercusión en la historia inmediatamente posterior.⁶

- j) Segunda guerra del rey Arávigo y Arcaláus contra Lisuarte (cap. CXV). Se plantea como un apéndice de la que enfrenta a Amadís y Lisuarte y servirá para confirmar la paz recién establecida entre ellos.

Los tres últimos conflictos bélicos deben considerarse en conjunto, pues están motivados directamente por el enlace de Oriana y podría decirse que constituyen varias fases de una misma guerra. En realidad, los anteriores en los que interviene el rey Lisuarte (es decir, todos excepto el *a* y el *f* sirven de justificación a estos últimos. El *b* y el *c* ligan a Lisuarte con una relación de gratitud hacia Amadís. De esta forma el *d* se convierte en

⁶ Francisco Delicado, en su introducción a la edición veneciana de 1534 del *Primaleón* advierte que “el que compuso *Amadís de Gaula*” lo hizo “aplicando las cosas del rey don Fernando el Magno en los reinos de Inglaterra”, es decir, transponiendo los hechos de Fernando el Católico a la ficción y situándolos en los reinos en los que se desarrolla el argumento novelesco. Avalor-Arce (1990, 139-142), recogiendo unos datos aportados por Martín de Riquer en *Caballeros andantes españoles*, señala como posible fuente de inspiración del episodio novelesco otro hecho histórico: la intervención de Garci Rodríguez de Montalvo en el matrimonio entre Rodrigo de Vivar y Mendoza, primer marqués del Zenete, y María de Fonseca, celebrado en secreto y contra la voluntad del padre de la novia, que desheredó a su hija. Sin embargo, este último acontecimiento no desembocó en una guerra y Sales (1999) revela que el Montalvo que intervino en este episodio parece ser el sobrino del autor literario y no este mismo. Cuando sucesos semejantes ocurrían en la realidad, y eran conocidos por el refundidor del *Amadís* y por sus lectores, su aparición en la novela ha de verse como un rasgo de realismo, y en este sentido lo he comentado más ampliamente en Cuesta 2002a, 101-106, donde desarrollo otros paralelismos entre la ficción y la historia en relación a los matrimonios de Oriana y de Isabel.

una injusticia moral ante la que Amadís no reacciona. Incluso, en e el héroe vuelve a obligar a Lisuarte a contraer una deuda de gratitud. El rey se muestra reiteradamente desagradecido e injusto respecto a Amadís, lo que justifica su cambio de actitud al final, al reconocer implícitamente su culpa y perdonar a éste y a Oriana por amor a su nieto.

Las guerras presentadas admiten una clasificación tipológica, dependiendo de la forma en que se resuelvan: 1) por batalla campal en terreno descubierto (1a) o en el interior de la ciudad (1b), 2) por batalla naval, 3) por batalla singular (3a) o por un grupo prefijado y reducido de combatientes (3b), o 4) por asedio. El tipo 1 es el más frecuente. Sólo la conquista de la Isla del Lago Ferviente (tipo 3a), la guerra del rey Tafinor de Bohemia (tipo 3b) y el combate naval entre Amadís y Salustanquidio (tipo 2) siguen otros modelos, aunque algunos conflictos bélicos se resuelven por la combinación de dos tipos de soluciones: en la guerra de Perión y Abiés se tratará de la combinación del tipo 1a y 3a; en la guerra entre Galvanes y Lisuarte se dan los tipos 1a y 4.

Las batallas navales cobrarán importancia en un momento posterior: son típicas de los libros de caballerías renacentistas, que reflejan así la conflictiva situación del Mediterráneo con la actividad de los corsarios musulmanes, lo que acabará conduciendo a la famosa batalla naval de Lepanto.⁷ Batallas navales se producen, por ejemplo, en el *Tristán el Joven* (1997, 615 y 785-786) o en el *Belianís de Grecia* (1997, I, 414-420), aunque en estas obras con frecuencia, como sucede en el *Amadís*, la flota que entra en conflicto se limita a una embarcación de cada uno de los bandos. Sin embargo, el importante papel que tendrá la armada en las guerras del siglo XVI no surge de la nada. En la corona de Aragón había desempeñado una función insustituible en las conquistas mediterráneas, pero también en el reino de Castilla y León, la marina vasco-cantábrica había inter-

⁷ Sobre la piratería en el Mediterráneo, reflejada en los libros de caballerías, véase Campos García Rojas (2002).

venido exitosamente en la Guerra de los Cien Años (Soldevila 1995, I, 316-318). Y la conquista de Granada por los Reyes Católicos se debió en buena parte a la acción conjunta de las armadas aragonesa y castellana, que fue la artífice de la toma de Málaga y Almería, y del aislamiento de Granada que propició su rendición (Cierva 1997, 287-288). Por tanto, el *Amadís* de Montalvo se muestra, en su reflejo de este tipo de confrontaciones, como una obra atenta a las novedades militares de su tiempo. Incluso en el conflicto que hemos definido como de tipo 4, el autor no descuida advertir acerca de la intervención de la flota de Lisuarte en el cerco de la isla, y de la imposibilidad de auxiliar a los cercados por no poder reunir otra flota que se le opusiera (*Amadís*, 1021-1022).

Los combates singulares del *Amadís* deben atribuirse a la influencia artúrica, y en especial al episodio de la lucha entre Tristán y Morlot de Irlanda. El combate singular entre Abiés y el Doncel del Mar está modelado sobre dicho episodio del *Tristán* (Avalle-Arce 1990, 170-171), como evidencia el hecho de que se hable de éste bajo la forma de una profecía. Lo mismo ocurre con el combate singular entre Amadís y Ardán Canileo. Literariamente el tema había dado abundante juego en la novela artúrica, y aparece también sugerido en el *Libro del caballero Zifar*, cuando el héroe se enfrenta con el hijo y el sobrino del rey de Ester, si bien en esa ocasión no se concibe el combate singular como un sustituto de la guerra entre ejércitos (LCZ, 153-158). Por otra parte, la guerra dirimida por un combate singular se daba también en la materia de Troya, con el enfrentamiento de Aquiles y Héctor.

Sin embargo, la sustitución de la batalla campal por un combate singular entre los principales guerreros de los dos bandos no es un hecho exclusivamente literario. Aunque históricamente no fue frecuente, sí se produjo algún caso en la época medieval. El origen de esta costumbre se encuentra en la práctica de los pueblos germánicos, atestiguada por Gregorio de Tours, de dirimir las diferencias mediante las armas, ya que a

veces en vez de dos ejércitos se enfrentaban en el juicio los jefes o sus respectivos campeones. Como señala Contamine (1984, 330), “La historia occidental, hasta el final de la Edad Media, está repleta de proyectos de este tipo, casi siempre abandonados antes de que se llegasen a ejecutar”. Un reflejo de esta realidad histórica aparece en las *Mocedades de Rodrigo* (1982, vv. 546-560 y 604-639). El rey aragonés Alfonso el Magnánimo envió un cartel de desafío al Gran Can Otomano y el mismo Fernando el Católico protagonizó un episodio caballeresco de este tipo al sostener en 1475 un desafío personal con Alfonso de Portugal para acabar con la guerra de sucesión (Sesma Muñoz 1992, 19, 102-106 y 133). El hecho se produce cuando el rey portugués, viendo la superioridad del ejército enemigo, se refugia en la ciudad de Toro y no sale fuera de las murallas a batallar, aunque Fernando le espera en el campo. Entonces éste envía como mensajero a Gómez Manrique con el encargo de concertar el combate singular: “por escusar derramamiento de tanta sangre, enbíaos a dezir que por conbate de su persona a la vuestra, mediante el ayuda de Dios, vos fará conoçer que traéys ynjusta demanda” (Pulgar 1943, 136). El portugués Alfonso pone por condición para aceptar el desafío que se le entregue a Isabel como rehén, motivo por el que el combate no llega a celebrarse. Pero este tipo de hechos no sólo se dan en el medievo: incluso en pleno siglo XVI, en fecha posterior a la publicación del *Amadís*, llega a plantearse la posibilidad de substituir el enfrentamiento de los ejércitos por un combate singular. Se trata del famoso desafío de Carlos V a Francisco I de Francia para probar su traición y sus mentiras (Erlanger 1985, 109). De nuevo hay que deducir que la descripción de la guerra en la novela está basada en la realidad de su época, aunque sin duda la presentación de combates singulares no se debe únicamente al deseo de reflejar la realidad, sino también, y principalmente, a consideraciones literarias: novelescamente, el combate singular era más útil que la batalla general

para ensalzar la figura del héroe, de cuya actuación se hacía depender exclusivamente el resultado de la guerra.

La labor de Amadís en los combates singulares no es únicamente la del caballero-guerrero, sino también la del hábil político, que sabe manejar a su adversario valiéndose de su carácter. Cuando Abiés le reclama que continúe el combate, no sólo se niega a ello excusándose con la hora tardía, sino que consigue que la furia del rey le lleve a aceptar una propuesta claramente desventajosa para él, que tiene un contingente bélico mayor: la del combate singular. También en el episodio de la guerra de Bohemia aconsejará al rey a favor de un combate entre un número limitado de caballeros y en contra de la batalla campal. No contento con eso, conseguirá arrastrar al principal caballero enemigo a un combate singular con él, impidiendo así que pueda ayudar a sus compañeros al día siguiente y destrozando su moral:

...y fallávanlo mengua en la batalla que otro día esperavan, tanto que mucho les fazía dudar, creyendo que faltando él y quedando en contra el Cavallero de la Verde Spada, que no eran para en ninguna guisa la sostener (*Amadís*, 1096).

El papel del Caballero de la Verde Espada respecto al rey de Bohemia no va a ser sólo el de héroe militar sino también el de un hábil consejero. En el siglo XV se encuentra en pleno vigor una intensa polémica sobre el papel de la caballería en el gobierno de la nación. La cuestión giraba en torno al problema de la prudencia caballeresca, que algunos intelectuales, como Diego de Valera, consideraban virtud inherente a la caballería (Rodríguez Velasco 1996, 317-343). Precisamente Diego de Valera dirige a Fernando el Católico su *Doctrinal de príncipes*, donde manifiesta considerar la prudencia y la discreción como virtudes consustanciales al caballero. Frente al reinado anterior, en el que escribe Alfonso de Palencia su *Tratado de la perfección del triunfo militar* “porque encuentra que el espíritu caballeresco, basado en la prudencia está totalmente

ausente de Castilla, y se lo envía a uno de los más fervientes dirigentes anti-enriquistas” (Rodríguez Velasco 1996, 328), el de los Reyes Católicos, en el que hay que situar la labor de Rodríguez de Montalvo, será una época de particular lucimiento para la caballería. Entre los distintos tipos de prudencia que se distinguían en la época, Amadís hace gala de la denominada “prudencia caballeril”, que Egidio Romano definía como necesaria “para gouernar la cauallería” (Rodríguez Velasco 1996, 325). En el *Amadís* se alternan dos modelos de caballero: el de valor irreflexivo, que considera que toda prudencia empaña la actuación caballeresca (Agrajes en la batalla contra Abiés de Irlanda), y el del valor prudente (Amadís y Perión en la batalla contra Lisuarte, *vid. infra*). Dicha alternancia debe de proceder de visiones antagónicas de la esencia de la caballería, debidas, seguramente, a la pluma de distintos autores-refundidores de la obra, o al deseo de Montalvo de contrastar una modélica caballería prudente con una caballería que, carente de esa virtud, estaría abocada al fracaso.

En cuanto a los asedios, sólo se relata uno: el de la Isla del Lago Ferviente por Lisuarte. El asedio era la forma que con mayor frecuencia adoptaba la guerra en la Edad Media. Lo característico de la guerra medieval es el temor al enfrentamiento en campo raso, por lo que la reacción normal ante un enemigo más poderoso era refugiarse en una fortaleza o ciudad amurallada (SHM 1984, II, 64), prácticamente incontestable si no mediaba la traición de los defensores o si la duración del asedio no obligaba a la rendición por hambre. Esto todavía era cierto a fines del siglo xv: la toma de Granada se logró, finalmente, mediante asedio. Eso es finalmente lo que sucede en el citado episodio:

Solamente sabed que el Rey los tuvo cercados treze meses por la tierra y por la mar, que de ninguna parte fueron socorridos [...]. Y faltando las viandas a los de dentro, se comenzó pleitesía entr’ellos qu’el Rey soltasse todos los presos libremente, y don Galvanes así mesmo los que en su poder tenía, y que entregasse

la villa y el castillo del Lago Herviente al Rey, y toviessen treguas por dos años (*Amadís*, 1022).

Este tipo de guerra no desapareció en la Edad Moderna: “Y las ciudades fortificadas pasaron a primer plano en el nuevo juego real de la guerra. Las poblaciones no eran ya simples espectadoras, participaban en la defensa. Las guerras entre Carlos V y Francisco I se libraban por la posesión de las plazas fuertes” (De la Cierva 1997, 341). El reflejo de la guerra de asedio en el *Amadís* no responde, pues, a una presentación medievalizante de ésta.

La única forma de tomar una plaza fuerte por las armas era que los asediados presentasen batalla y la perdieran, o que los sitiadores consiguieran derribar o minar la muralla, lo que era realmente difícil porque los defensores podían arrojar desde ésta todo tipo de proyectiles (SHM 1984, II, 93-94). Lo primero era infrecuente en la realidad: por lo general la fortaleza esperaba el cansancio de los sitiadores, como ocurrió en Toro cuando Fernando el Católico cercó allí a su oponente portugués,⁸ o el socorro del exterior (SHM 1984, II, 65), como ocurre en la ficción, donde este socorro no llega.

Aunque el episodio de la Isla del Lago Ferviente es el único en el que se presenta un asedio, este sistema bélico resulta mencionado en otras ocasiones. El Patín, como personaje caracterizado por su cobardía, espera que la guerra contra los caballeros de la Ínsula Firme se convierta en un asedio:

...nunca él pensó que [...] Amadís tuviera facultad ni aparejo para salir de la Insola Firme, y que allí lo cercaran así por la tierra

⁸ Tal como se cuenta en la *Crónica incompleta de los Reyes Católicos* (1934, 238-247), Isabel reprocha a Fernando el haber levantado el sitio de Toro. Fernando se justifica diciendo que el rey portugués no ha querido dar batalla ni aceptar su desafío, por lo que, siendo imposible tomar Toro por estar muy bien defendida con muros y máquinas de guerra, y no pudiendo hacer frente al gasto de mantener el ejército, dejando el campo por suyo, se han visto obligados a abandonar la empresa.

como por mar, de manera que o por hambre, o por otro partido alguno, pudiera cobrar a Oriana (*Amadís*, 1439).

Como se ha visto, la novela constituye un repertorio realista de las distintas formas que podría llegar a presentar una guerra a fines del siglo XV, aunque la preferencia por las batallas campales es evidente. Analizando las descritas en la obra es posible deducir un esquema ideal: búsqueda de aliados, elección del lugar de la batalla y planeamiento táctico de la misma, reunión del ejército, espionaje del campo enemigo, elección del caudillo, distribución del ejército en cuerpos y elección de los capitanes de éstos, choque de los ejércitos enfrentados, batalla campal y, dependiendo del resultado de ésta, huida desordenada, o retirada y reagrupamiento para comenzar una segunda batalla campal, o persecución del enemigo. Aunque no siempre se describen todos los pasos mencionados, la narración se atiene, por lo general, al esquema citado. Véase, por ejemplo, la primera guerra de la obra, resuelta mediante batalla campal.

Una vez decidida la guerra, el primer paso es buscar aliados:

Vine a buscar amigos —dixo el rey Perión—, ca los he menester agora más que nunca, que el rey Abiés de Irlanda me guerra; y es con todo su poder en mi tierra, y acógese en la Desierta y viene con él Daganel su coermano, y ambos han tan gran gente ayuntada contra mí, que mucho me son menester parientes y amigos, assí por aver en la guerra mucha gente de lo mío perdido, como por me faller otros muchos en que me fiava. (*Amadís*, 273).

Es precisamente este deseo de Perión de encontrar aliados lo que motivará la decisión de Amadís de pedirle que le arme caballero. El inicio caballeresco del héroe aparece, por tanto, relacionado desde un principio con la que se concebía como principal función de la caballería, pues

“ninguno non puede ser dicho cavallero si primeramente non se provare en el canpo” (LCZ 1982, 199).

Tras la reunión de un adecuado contingente bélico, el siguiente paso es la elección del lugar donde se presentará batalla y la planificación táctica de la misma. Al segundo aspecto se prestaba abundante atención en el *Libro del caballero Zifar* (Cuesta 1999, 113-124). En el *Amadís* se suprimen aspectos fundamentales de la actividad bélica que sí aparecen reflejados en esa primera novela caballeresca castellana, como son, por ejemplo, la revisión de las tropas y el armamento, y la toma de juramento a éstas (LCZ 1982, 91-92). Tan sólo en la batalla principal de la obra, que enfrenta a los antiguos aliados, Lisuarte y Amadís, existe una rápida alusión a la exhibición de los soldados y sus armas antes de la batalla: “Assí estuvieron en aquel real quinze días tomando alarde y recibiendo los cavalleros que de cada día les venían” (*Amadís*, 1440).

Los tratadistas medievales no descuidaron cuestiones de táctica y estrategia, si bien las artimañas utilizadas no eran muy elaboradas (Cuesta 1999, 118-119). En el *Libro del caballero Zifar* vemos reflejarse esa situación en las disposiciones que toma el héroe para vencer al ejército del señor de Éfeso o al del rey de Ester que ataca Mentón: se informa con espías de la disposición del campamento contrario y lo ataca por sorpresa al amanecer, creando el desconcierto entre sus oponentes, y dirigiendo sus esfuerzos a la destrucción de éstos, más que a la toma de prisioneros o de botín, y en especial, a la captura o muerte del cabecilla enemigo (Cuesta 1999, 119-122). En el *Amadís* parece desdeñarse como deshonoroso el uso de esas añagazas, pues se relega su utilización a los enemigos del héroe. Éstos, por su parte, planifican la táctica de la batalla:

cavalguemos esta noche yo y Daganel, y al alva pareceremos cabe la su villa con razonable número de gente, y el rey Abiés quede con la otra gente en la floresta de Galpano ascondido, y desta guisa le daremos esfuerço a que osará salir, y nosotros, mostrando algún temor, punaremos de los poner en la floresta fasta

donde el Rey estuviere, y así se perderán todos (*Amadís*, 311-312).

La estrategia se basa en hacer salir de las murallas que defienden la villa al ejército de Perión, obligándole a presentar batalla. En la guerra medieval eran raros los enfrentamientos entre ejércitos porque con frecuencia se prefería el asedio a la confrontación. Si la plaza asediada estaba bien provista, el ejército defensor sólo presentaba batalla si tenía una razonable posibilidad de éxito. De ahí que Galain proponga animar a los contrarios al ataque presentando ante ellos un contingente más reducido. La segunda parte del discurso de Galain incide en otra táctica ya comentada por don Juan Manuel: la falsa retirada. Es táctica empleada por los moros, según indica en el *Libro de los estados* (1968, 124). Zifar la pone en práctica en su batalla contra el señor de Éfeso, consiguiendo derribarlo aparentemente muerto y capturar a su hijo (*LCZ* 1982, 96-97).

Una vez comenzada la batalla, el ejército de Abiés se prepara para recibir el encuentro de los de Perión y pronto se mezclan los combatientes. La táctica prefijada no va a poder llevarse a la práctica por el gran valor de que hacen gala los de Perión. Se demuestra errónea, fruto de una minusvaloración del adversario. Abiés tiene que aparecer con el resto del ejército, no porque los suyos finjan huir, tal como se había planeado, sino porque están siendo derrotados y exterminados realmente. La orden de Abiés es matar e intentar entrar con los huidos en la villa. También Zifar ordenaba matar sin piedad al enemigo, sin detenerse a recoger botín o a hacer prisioneros (*LCZ* 1982, 164). El propósito de entrar con los huidos en la ciudad es el mismo que mueve al señor de Éfeso (*LCZ* 1982, 96-97). En este propósito insiste Abiés algo más adelante, “veyendo el vencimiento, porque abuelas dellos entrasse en la villa, donde esperava ser su guerra acabada” (*Amadís*, 315-316).

Sin embargo, no existe ninguna planificación estratégica por parte de Perión y sus aliados. Se pretende así resaltar el valor y el arrojo de los

héroes, quienes al ser provocados no admiten contención en su ansia de responder al desafío. Agrajes “mucho se aquexava” porque no le abrían la puerta de la villa para lanzarse al combate. Pero ni siquiera el rey, “a quien no plazía menos de se combatir”, deja lugar a la reflexión, aun cuando “algunos aí huvo que dezían ser locura acometerlos” (*Amadís*, 313).

En resumen, en la versión de Montalvo la estrategia planteada ha perdido su función. En primer lugar, el efectivo militar de Galain no es suficientemente pequeño, puesto que se resalta el hecho de que algunos consideraban una locura enfrentarse a él. Esto sirve para presentar ante el lector el valor de Agrajes, Amadís, Perión y quienes les acompañan como desmesurado. En segundo lugar, Galain no cumple su propio plan, pues debía huir hacia la floresta fingiéndose vencido y, a pesar de que está siendo derrotado realmente, continúa defendiendo el campo hasta la llegada de Abiés. A partir de ese momento, el plan estratégico ha perdido ya toda función. El rey Abiés intentará entrar en la ciudad, propósito que no logra gracias a la intervención de Amadís, no sólo como caballero particular, sino como caudillo: arenga a las tropas (“Agora, señores, es menester de mantener vuestra honra”), las reagrupa (“Y hízolos todos recoger, que andavan esparzidos”) y finalmente, cuando

vio que la cosa se parava mal, comencó de hazer con mucha saña mejor que antes, porque los de su parte no huyessen con desacuerdo, y metíase entre la una gente y la otra, y heriendo y matando en los de Irlanda dava lugar a los suyos que las espaldas del todo no bolviessen (*Amadís*, 314-315).

El héroe se arroga así una función que debería desempeñar Perión, como cabeza del ejército y evita uno de los mayores peligros de la guerra: la retirada desorganizada.

Et por si por [los sus] pecados comiençan a volver las espaldas, et a foýr, non creades que ha omne que vos pudiese dezir qual manera an en como fazen grant mortandad, et grant daño, et non

creades que los cristianos de que una vez vuelven las espaldas, que nunca tornan, nin tienen mientes para se defender (Juan Manuel 1968, 124).⁹

El final que esperaba a las huestes de Perión sin la providencial intervención del Doncel del Mar se muestra claramente en un episodio posterior: en la guerra contra Cildadán, donde la desbandada del ejército de dicho rey conducirá a su fácil exterminio por Amadís y sus compañeros. La táctica y los engaños del enemigo aparecen superados por el valor y prudencia del héroe, y no por un planteamiento estratégico basado en el engaño.

El planteamiento estratégico puede decirse que es nulo por parte de los reyes y caballeros presentados como modelo, no sólo en ésta, sino también en las otras batallas descritas, a excepción hecha de la que enfrenta a Amadís con Lisuarte y el Emperador de Roma. A esta guerra se dedica mucha más atención que a las anteriores y podemos suponer que ello se debe a una mayor intervención por parte de Rodríguez de Montalvo. El regidor de Medina del Campo nos presenta a Lisuarte y a Perión haciendo uso del espionaje, también fundamental en el *Libro del caballero Zifar* (LCZ 1982, 93, 188-189; Cuesta, 1999, 118). El autor comenta la prudencia del rey Perión al tener espías entre sus enemigos:

Y a buelta de las otras cosas que eran necessarias de proveer tenía siempre personas en tales partes e que supiesse lo que sus enemigos fazían, de los cuales luego fue avisado cómo la gente venía ya contra ellos, y en qué ordenança (*Amadís*, 1441).

La necesidad de conocer las actividades del ejército enemigo fue resaltada también por don Juan Manuel (1968, 114): “deve fazer mucho por tener barruntes et esculcas con sus contrarios, por saber lo más que

⁹Cacho Blecua (*Amadís*, 315) reproduce en nota otro comentario similar, procedente de la *Glosa al Regimiento de príncipes*: “Cuando quieren escusar la pelea nunca se deven departir, ca si los sintiesen los enemigos departidos, seguirlos havían e matarían más dellos, mas deven guardar siempre sus faces”.

pudiere de sus fechos”. Los conocimientos que Peri6n obtiene de esta manera le sirven para distribuir su ej6rcito de forma m6s adecuada, de manera que cada haz de las huestes enemigas quede contrarrestada por otra suya, de similar n6mero de caballeros, y a6n disponga de un haz para socorrer a la suya que est6 en desventaja (*Amad6s*, 1442-1443).

Un paso previo a la distribuci6n de las huestes es la elecci6n de caudillo. Para ello, los caballeros de la 6nsula Firme siguen las disposiciones de Alfonso X (*Segunda Partida*, XXIII, IV), quien regulaba la elecci6n de caudillo bas6ndose en tres factores: el linaje, el poder6o y la sabidur6a, y daba preferencia a 6sta 6ltima (1972, 230). Elegir6n, consecuentemente, al rey Peri6n, en el que se unen las citadas cualidades. Su sabidur6a se demuestra por su prudente forma de actuar: conoce las actividades del enemigo y dispone unos pajes vestidos de igual manera que llevasen consigo diez caballos, para que “por la batalla anduviessen y socorriessen a los cavalleros con ellos que los menester oviessen” (*Amad6s*, 1442).¹⁰ Por otra parte, el acierto en la elecci6n del caudillo se reflejar6 en el efecto que produce en sus gentes: “y tanto esfuerço dio a la gente que lo estava mirando, que les faz6a perder todo pavor, que bien cuidavan que despu6s de Dios aquel caudillo ser6a causa de les dar la gloria de la batalla” (*Amad6s*, 1442). La importancia de la buena elecci6n de los caudillos se resalta a trav6s de los pensamientos del caballero Arquisil: “que de la otra gente no tem6a mucho, ni se curava dellos si tales caudillos no tuviessen, que el esfuerço d6stos era bastante de fazer esfuerçados todos los de su parte” (*Amad6s*, 1437).

El paso inmediatamente anterior a la batalla es la distribuci6n de las huestes y la elecci6n de los caudillos de las distintas “hazes”. La informaci6n que ofrece el *Amad6s* en este sentido no es abundante, pero s6 existe en algunos episodios. No se da en la batalla campal entre Abi6s y

¹⁰ Tambi6n Lisuarte se hab6a mostrado igualmente prudente en su primera guerra contra el rey Ar6vigo: “Dur6n [...] estava en uno de los cavallos que el rey Lisuarte mandara traer por la batalla para socorro de los cavalleros que menester los oviessen” (*Amad6s*, 1049).

Perión, pero sí en la primera guerra de Lisuarte y el rey Arávigo (*Amadís*, 1034), y en la del Emperador de Roma y Lisuarte contra los caballeros de la Ínsula Firme:

Página | 348

Y assí se fizo, que puestos todos en sus batallas el Emperador hizo de su gente tres hazes. La primera dio a Floyan, hermano del príncipe Salustanquidio, con dos mill y quinientos cavalleros. La segunda dio Arquisil con otros tantos, y él quedó con los cinco mill para les fazer espaldas. [...] El rey Lisuarte fizo de sus gentes dos hazes; en la una puso con el rey Arbán de Norgales tres mill cavalleros, y que fuessen con él Norandel su fijo y don Guilán el Cuidador, y don Cendil de Ganota y Brandoivas. Y dio de su gente mill cavalleros al rey Cildadán y a Gasquilán, con los otros mill que ellos tenían, que fuese otra haz. Y los otros tomó consigo, y dio el su estandarte al bueno de don Grumedán (*Amadís*, 1440).

Llama la atención la absoluta ausencia de referencias a la actuación de soldados de a pie. Los peones jugaban un papel secundario en el *Libro del caballero Zifar* (Lucía 1997, 132-133), pero no eran olvidados en la planificación y descripción de las batallas, ni en la del reparto del botín. El olvido de este cuerpo militar, que ganará importancia en el siglo XVI mediante la utilización de las armas de fuego, sólo puede deberse al deseo de atribuir los logros bélicos únicamente a la acción de la caballería. El papel de la caballería en la guerra es el único aspecto de ésta que interesa al autor del *Amadís*. Por otra parte, en la enumeración de los caballeros que formarán las distintas huestes se advierte que los efectivos reunidos para la batalla son superiores a los habituales en las guerras medievales, en las que solían medirse más bien en centenas que en millares (SHM 1984, II, 63-64), como bien refleja el *Libro del caballero Zifar* (LCZ 1982, 92-93; 187), aunque en esta obra el emperador Roboán logra reunir treinta mil hombres (¿pero cuántos de ellos serían caballeros?) para enfrentarse con los reyes rebeldes (LCZ 1982, 420). En la guerra de Granada, en el año 1489, el rey Fernando manda hacer alarde: tiene una hueste de trece mil de a caballo y cuarenta mil de a pie (Pulgar 1943, II, 364). Unos años

antes, cuando el rey Alfonso de Portugal se retira a su país tras ser derrotado, “vio que de seys mill de cauallo y veynte mill peones que metio en Castilla, en muertes y despojos no le quedaron seysçientos de cauallo y quinientos peones” (*Crónica incompleta* 1934, 302). Según Liss (1992, 115), el ejército de los Reyes Católicos para la batalla de Arévalo era de dos mil caballeros pesados, seis mil de caballería ligera y veinte mil soldados de a pie. Las cifras del *Amadís* concuerdan, por tanto, con las que podría conocer Rodríguez de Montalvo en la realidad.

El interés de Montalvo por este conflicto bélico y por su planteamiento militar queda patente en su crítica de las disposiciones dadas para la batalla por parte de Lisuarte, señalando el error que comete el rey al confiar el primer ataque a los caballeros romanos, de inferior habilidad (*Amadís*, 1440).

La batalla campal se inicia siempre con un primer choque de los ejércitos enfrentados. La carga de la caballería era la parte principal de una batalla medieval. La caballería avanzaba lentamente hasta llegar a la distancia de carga, que se hacía a un aire muy vivo, ordenada por una señal. El objetivo era atravesar la formación del adversario, para girar y cargar de nuevo, pero de revés. Cuando no se conseguía esto, el orden primigenio se rompía pronto, produciéndose la *melée*, una lucha poco organizada entre grupos de caballeros de uno y otro bando (SHM 1984, II, 77). Las expresiones que reflejan dicha situación son semánticamente las mismas en los distintos enfrentamientos relatados: golpes en los escudos, lanzas rotas, caballeros derribados, caballos sin señor y caballeros sin caballo, grandes alaridos... Entre las actuaciones caballerescas las principales son: justar, poner mano a la espada y dejarse correr hacia el enemigo, dar golpes a todas partes... Por parte de Galain se añade otra más, menos honrosa: intentar herir el caballo del contrario para hacer caer al caballero (*Amadís*, 314). Del mismo modo actúa otro de los antihéroes, Ancidel, sobrino del rey Arávigo (*Amadís*, 1048). Los golpes asombrosos o

terribles son habituales en el *Amadís*, como ya lo eran en la épica o en el *LCZ*: “dio a Daganel con su espada tal herida, que lo hendió hasta los dientes” (*Amadís*, 314), “lo firió de la espada, en passando cabe él, en derecho de la vista del yelmo al través, de tal golpe que los ojos entrambos fueron quebrados y dio con él en el suelo sin sentido alguno” (*Amadís*, 825).

La batalla se desenvuelve a base de enfrentamientos singulares entre caballeros de uno y otro bando, una vez que “los unos y los otros fueron mezclados en uno” (*Amadís*, 313). En el caos de la *melée* se resaltan las acciones de heroísmo personal. Es la ocasión de hablar de los caballeros que han resultado cercados por sus enemigos (*Amadís*, 827), de los combates singulares entre los principales paladines de los dos ejércitos enfrentados (*Amadís*, 590, 823...), de la defensa del rey por parte de sus caballeros (*Amadís*, 1047), y de la salvación de los compañeros que han quedado descabalgados (*Amadís*, 827).

La defensa del rey forma parte de la estrategia de la batalla: era fundamental, pues su muerte o su caída en poder del enemigo daría la victoria a éste. Así se refleja en el comentario del autor a la actuación de Lisuarte:

El rey Lisuarte, que se combatía con el rey Arávigo, y diole con la su buena spada tales tres golpes que lo no osó más atender, que, como no sabía que aquél era el cabo y el caudillo de sus enemigos, [no] puso todas sus fuerças por le ferir (*Amadís*, 1049).

De ahí que se resalte la función de los caballeros “aguardadores” del rey en varias ocasiones:

Todos éstos, ahunque de grandes feridas ellos y sus cavallos estaban, se pusieron delante del Rey (*Amadís*, 825).

En la rebelión de Barsinán, el objetivo de éste será conseguir tomar a la reina, pues creyendo en poder de sus aliados al rey y a Oriana, sólo ella

constituía un representante de la legitimidad. Del mismo modo, los esfuerzos de los caballeros que la defienden irán encaminados a matar a éste. Efectivamente, una vez que los rebeldes pierden a su caudillo se produce rápidamente su rendición (*Amadís*, 592).

Página | 351

El balance, por parte del autor o de los mismos personajes, del resultado de la batalla, reconducirá ésta en una nueva dirección: el reagrupamiento seguido de un nuevo ataque o de la retirada (*Amadís*, 315), la huida desordenada que conducirá al exterminio, o la persecución del enemigo que huye (*Amadís*, 827, 1050).

Pero no sólo la descripción de la guerra y de sus preparativos y desarrollo despiertan el interés del narrador. Tampoco se descuida informar al lector de las causas y consecuencias del enfrentamiento bélico. El resultado de la batalla campal será vario, resaltándose los efectos negativos, como la captura de prisioneros (*Amadís*, 1018), o las pérdidas humanas,

Entonces eran de ambas las partes muertos más de ciento y veinte cavalleros y pasava el medio día. Y Mandafabul, el gigante de la ínsola de la Torre Bermeja, que en el otero estava como ya oísteis, miró a la sazón la batalla, y como vio tantos muertos y los otros cansados y sus armas por muchos lugares rotas, y los cavallos feridos... (*Amadís*, 824).

Y los positivos, como la restauración del orden, la adquisición o conservación de tierra, o el aumento de la honra, es decir, de la fama y renombre de los caballeros participantes. La restauración del orden es el resultado de todas las guerras presentadas en el *Amadís*, pues siempre vence el bando del protagonista, que es también el que defiende la justicia y, por tanto, la verdadera paz:

por ende dixieron los sabios antiguos que era bien de sufrir los homes los trabajos et los peligros de la guerra por llegar despues

por ello á buena paz et folgura; et pues que el mal que ha en ella aduce el bien (Alfonso X 1972, II, 226 [*Segunda partida*, XXIII, I]).

La adquisición o conservación de la tierra es el móvil de la guerra entre Lisuarte y don Galvanes. También es el motivo que subyace bajo el enfrentamiento de Amadís y Lisuarte por el casamiento de Oriana, puesto que éste lleva aparejado su desheredamiento. Ése es igualmente el móvil de los reyes de las islas, del rey Arábigo y del malvado Arcaláus (“que no hallarían defensa ninguna y que podrían partir entre sí aquel reino de la Gran Bretaña”, [*Amadís*, 1022]). El ganar honra y fama como caballero es uno de los motivos que inducen a Amadís a intervenir en la primera guerra de Lisuarte contra el rey Arávigo y sus aliados: “qué faría en aquella batalla que se esperaba, que según la grandeza della no podía él sin gran vergüença escusarse no ser en ella” (*Amadís*, 1033). Angriote de Estraváus se pronuncia a favor de guerrear contra Lisuarte porque, según dice, “la guerra no[s] es mucho más honrosa que la paz” y “assí como nuestras ánimas en el otro mundo son inmortales, lo sean nuestras famas en éste en que bivimos” (*Amadís*, 1401).

Apenas existen referencias al botín, y al reparto de éste no se concede especial atención, a pesar de la importancia que tiene en la realidad histórica medieval (tal como reflejan el *Cantar de Mio Cid* o el *Libro del caballero Zifar*), y renacentista (baste recordar el saqueo de Roma o las numerosas referencias de los libros de caballerías a prohibiciones de efectuar saqueos, por ejemplo, en *Tristán el Joven* [1997, 539]). Este desinterés por un aspecto tan importante de la guerra hay que atribuirlo a un deseo de presentar la labor de los caballeros como desprendida y generosa. A ello contribuye, precisamente, la única mención a los despojos bélicos que encontramos en la obra. Los Caballeros de las Sierpes, nombre que encubre al rey Perión, Amadís y Galaor, encargan a un escudero que transmita su deseo a Lisuarte: “la parte del despojo que a nosotros daría lo mande dar a las donzellas de la torre por el daño que les hizieron”

(*Amadís*, 1051). Para Cacho Blecua “Estos detalles nos muestran una mentalidad narrativa más acorde con las prácticas guerreras, y están casi ausentes en los primeros libros” (*Amadís*, 1051, n. 99). Insinúa, pues, su atribución a la pluma de Montalvo. En cualquier caso, parece que la supresión de lo relacionado con el botín es consciente y voluntaria, y que se debe a causas ideológicas.

Los efectos positivos o negativos de la guerra están en consonancia con las causas que movieron a la participación de los caballeros en ella. Los enemigos de los personajes presentados como modelo se moverán por causas ilícitas (la adquisición de un territorio ajeno sobre el que no tienen derechos), mientras que los héroes guerrearán por el mantenimiento de la justicia. El derecho medieval está fundado en el poder del más fuerte, que ha de ser aquél apoyado por Dios, de ahí la insistencia del autor en indicar cuál es el bando que mantiene la justicia: el más fuerte lo será porque es también el más justo. *Amadís* señala la injusticia de la causa del rey Abiés: “con mucha sobra de gente y sobervia demasiada venir a tomar lo ageno sin causa ninguna” (*Amadís*, 316). Casi inmediatamente, el héroe vuelve a hablar, identificando el conflicto bélico con un juicio sobre las respectivas culpas: “pues en nuestra culpa no hay razón porque ninguno otro padezca”. Este planteamiento remite a cuestiones teológicas que tuvieron gran influencia en las teorías medievales sobre la justicia de la guerra. Se creía en la justicia de las guerras defensivas y de las realizadas para vengar o impedir un agravio, y por tanto en el apoyo divino para el bando ofendido.¹¹ La Iglesia consideraba lícitas, igualmente, las guerras em-

¹¹ La guerra fue objeto de estudio desde el punto de vista teológico por parte de Santo Tomás (1990, 338) en su *Suma de Teología III, Parte II-II (a)*, cuestión 40, donde habla de la guerra lícita, exigiendo para ella una causa justa: “Se requiere, en segundo lugar, causa justa. Es decir, que quienes son atacados lo merezcan por alguna causa. Por eso escribe también San Agustín en el libro *Quaest.*: Suelen llamarse guerras justas las que vengan las injurias; por ejemplo, si ha habido lugar para castigar al pueblo o a la ciudad que descuida castigar el atropello cometido por los suyos o restituir lo que ha sido injustamente robado”. Sobre la definición de guerra justa y los orígenes de éste concepto, véanse los estudios de Keen (1965, 63-82), Russell (1975), Sánchez Prieto (1990, 33-41, y

prendidas contra países que impedían la predicación de la palabra de Cristo o perseguían a los cristianos, o bien practicaban actos contrarios al derecho natural, tales como la antropofagia o los sacrificios humanos, aspecto fundamental para justificar la guerra contra los pueblos paganos, y que se aplicó a la justificación de la conquista de Las Canarias (Russell 1978, 24-28) y, posteriormente, de las tierras americanas. Semejantes ideas estaban, por tanto, en pleno vigor a fines del siglo xv: durante la guerra dinástica tanto Alfonso de Portugal como Isabel de Castilla se muestran confiados en resultar vencedores gracias a la ayuda divina, pues ambos afirman que les asiste la justicia (Liss 1992, 110). Naturalmente, un soberano no podía emprender una guerra sin reclamar para su causa la justicia que daba a sus seguidores la seguridad de vencer y, con ella, el valor para luchar.

El tema de la justicia de la guerra tendrá especial repercusión en los conflictos en que la ética de la situación resulta poco clara: los que enfrentan a los bandos de caballeros modélicos, es decir, las guerras entre Galvanes y Lisuarte y entre Amadís y ese mismo rey. El autor, para evitar pronunciarse sobre cuál es el bando que tiene a Dios de su parte, resuelve los conflictos bélicos con soluciones eclécticas: las guerras no llegan a su fin por pactarse la paz, de forma que no hay vencedores ni vencidos. Así, por ejemplo, en el caso de la isla de Moganza, el rey va ganando la guerra, pero la consecuencia de ésta victoria será la misma que si no la hubiese emprendido, ya que otorga a su rival el señorío de la isla, que era lo que éste demandaba en un principio.

En conclusión, el ejercicio de la caballería admitía múltiples variantes: las actividades lúdicas y deportivas de las justas y torneos, la defensa del honor propio o ajeno en los desafíos, la administración de justicia en un juicio de Dios, que manifestaba su voluntad en un combate

el resumen de Contamine (1984, 333). La ideología medieval sobre la guerra justa constituye también un importante factor a la hora de entender la ética por la que se rigen Zifar y sus hijos (Cuesta 1998, 95-114).

singular, y la consabida defensa del desvalido. Todas estas situaciones se reflejan abundantemente en el *Amadís*, y formarán parte de los libros de caballerías como ya formaban parte de la materia artúrica, fuente de esencial importancia en la conformación del nuevo género (Cuesta 1997, 35-70). Pero la función por excelencia de la caballería, durante toda la Edad Media, fue la guerrera. La caballería era el cuerpo principal en una batalla, y así se refleja en la obra, aunque también intervenían otros cuerpos, como el de soldados a pie (peones) sobre los que no encontramos mención alguna, o el de los ballesteros, a los que sí hay una referencia en la descripción de la guerra por Moganza (*Amadís*, 1021), pues éstos últimos cobraban una importancia especial en los asedios. Un elemento nuevo, que no se halla en la literatura artúrica, aparece en el *Tirant*, o el *Amadís* de Rodríguez de Montalvo y en los libros de caballerías del XVI: a medida que España siente la necesidad de enfrentarse al monopolio musulmán sobre el Mediterráneo, y a los corsarios del Atlántico que dificultan la comunicación con América, los combates navales se introducen en la literatura caballeresca y vemos a la caballería desempeñar su función también en éstos. La caballería, a fines del siglo XV, precisamente cuando el regidor de Medina del Campo trabaja en la refundición del *Amadís* y en los años inmediatamente anteriores y posteriores a su labor, desempeñó un importante papel en la guerra dinástica entre Juana la Beltraneja e Isabel I, en las guerras territoriales y “religiosas” de la conquista de Granada y las campañas contra las sublevaciones en las Canarias y las guerras territoriales contra otros príncipes cristianos, como la de Navarra. La guerra de Granada resulta aludida por el mismo Montalvo en el prólogo del *Amadís* (*Amadís*, 220) y tal vez por Urganda en sus profecías de las *Sergas de Esplandián* (Mérida 1989, 487). Este ambiente y las conexiones de Montalvo con los Reyes Católicos,¹² pudieron

¹² Garci Rodríguez de Montalvo participa de la ideología de los Reyes Católicos y traspone las guerras de Granada al *Esplandián*, según Beysterveldt (1981, 352-369). Amezcu

influir en la importantísima presencia del tema bélico en la obra. En especial, en el hecho de que se presenten batallas entre príncipes cristianos, contrarias al ideal caballeresco, y en la causa de la principal de éstas: el desheredamiento y forzado matrimonio de la infanta. El *Amadís* constituye un buen reflejo de toda la actividad caballeresca de su época y ofrece un punto de vista sobre ella no tan alejado de la realidad contemporánea como pudiera pensarse.

Sin embargo, el *Amadís*, aunque refleja varias caras de la guerra contemporánea, no constituye un adecuado manual bélico, al obviar numerosos aspectos y preferir la alabanza del valor a las enseñanzas estratégicas, cuya práctica se considera anticaballeresca. En contrapartida, sí constituye una exposición didáctica sobre la ideología caballeresca medieval, especialmente en lo que se refiere a la ética bélica, y sobre la actuación del caballero en la batalla. Con todo, Montalvo no descuida las observaciones sobre la conveniencia de dejar atrás la cortesía a la hora de vencer,¹³ lo que constituye una nota disonante frente al perfecto comportamiento de los héroes novelescos. Al regidor de Medina del Campo parecen deberse, también, las escasas referencias existentes, concentradas en el tercer y cuarto libro de la obra, a la distribución de las huestes, el uso de espías, o la utilización de caballos de refresco que substituyan a los caídos. El refundidor seguramente intentó dotar al *Amadís* de un punto de vista bélico más moderno.

Los autores de libros de caballerías con frecuencia argumentaron en los prólogos sobre la utilidad de sus obras, a las que consideraban una lectura especialmente adecuada para los caballeros (Cuesta 2002a, 88-92).

(1972, 320-337) insinúa la posibilidad de que el *Esplandián* sea resultado de un encargo de los reyes. Blanco (1998, 84-85, 105-106) revela la relación de la familia de Montalvo con Fernando el Católico e incluso sospecha la participación del autor del *Amadís* en la boda de los Reyes Católicos. Sales (1999, 123-158) destaca la estrecha relación de los Reyes Católicos con Medina, ciudad de la que es regidor Montalvo.

¹³ "...por donde se da a entender que en las semejantes afrentas la piedad y cortesía no se deve obrar con amigo ni pariente fasta qu'el vencimiento aya fin y cabo" (*Amadís*, 1019).

Esta tesis se sustentaba en el hecho de que el protagonista era también, como sus pretendidos lectores,¹⁴ un caballero al que se proponía como ejemplo, por la perfección de su comportamiento. Para ello era necesario que éste se mostrase no sólo como un perfecto cortesano y amante, sino, sobre todo, como un experto combatiente, tanto en justas y torneos como en combates singulares o en la guerra. Esto es así, en parte, en el *Amadís de Gaula*, donde el comportamiento caballeresco del héroe admite cierto traslado a la realidad del siglo XV, pero conforme los ejércitos renacentistas fueron cobrando un carácter moderno (basado en el uso de la infantería y de las primeras armas de fuego), el alejamiento entre las batallas descritas en los libros y las guerras del mundo real fue cada vez mayor.¹⁵ El *Amadís*, al ignorar la función de la infantería, cierra conscientemente los ojos a ese nuevo mundo militar, cuyo advenimiento ya se intuyó en la guerra de Granada, en el que la caballería dejará de ser la absoluta protagonista.

La defensa de los libros de caballerías como manual de caballeros que se plantea en dichos prólogos puede responder realmente al interés de un importante grupo de lectores del *Amadís*. Sin duda, los lectores, que conocían por propia experiencia estas actuaciones, disfrutarían de cada lance del combate, aprobando el sensato comportamiento de sus héroes o admirando su valeroso arrojo. Bien conocido es el aprecio que los caballeros medievales demostraron por las obras de estrategia militar (Gómez Moreno 1986, 311-323). Por otra parte, durante el reinado de los Reyes

¹⁴ Chevalier (1976, 97-100) cree que los lectores de los libros de caballerías fueron en un principio miembros de la nobleza, que veía en ellos el reflejo ideal de su propia sociedad aristocrática, modificándose esa situación a medida que avanzaba el siglo XVI y que las historias narradas en este tipo de obras se alejan más del nuevo papel de la nobleza. Parecida es la opinión de Harri Sieber (1985, 215), quien mantiene que la decadencia del género se debió sobre todo al hecho de que la caballería perdiera importancia en favor de la infantería, pues al convertirse las guerras en confrontaciones masivas, dejaron de tener repercusión en ellas los combates individuales, en los que los caballeros ponían a prueba su heroísmo.

¹⁵ Una excepción es, según Guijarro Ceballos (1999, 177-216), el *Floriseo* de Fernando Bernal, considerado por este estudioso un “libro de caballerías realista”, entre otros argumentos, por su descripción del mundo de las armas y los combates, en los que encuentra una pseudo-historicidad que imita diversos aspectos de la técnica militar en la guerra de Granada.

Católicos se produce una renovación de los ideales caballerescos en la teoría y en la práctica. En algunas obras historiográficas del siglo XV se plantea la biografía del protagonista como modelo caballeresco: así sucede en el caso de Pero Niño, para cuyo autor su biografía no constituye sino la causa formal de su obra, siendo la causa final el ofrecer un modelo de comportamiento donde puedan verse ejemplificadas las características de la caballería.¹⁶ Lo mismo intenta hacer Rodríguez de Montalvo, que en su prólogo ensalza el *Amadís* como “historia fingida”.¹⁷ Como argumenta Tarzibachi (1992, 25), “Montalvo, compensa la falta de veracidad al otorgar un valor didáctico” al texto, que es el de convertirlo en un manual de caballeros. El ideal medieval de envolver con la ficción una enseñanza útil¹⁸ se mantiene, al menos de forma teórica en el *Amadís* y en los libros de caballerías que le sucedieron.

En el *Amadís* se combina, por tanto, la abundante enseñanza moral y militar sobre el comportamiento caballeresco, tanto por vía positiva (el héroe y sus amigos) como por vía negativa (Arcaláus y sus aliados), frente a una pobre enseñanza sobre la preparación y estrategia bélica. En esto, la distancia con el *Zifar* es enorme (Cuesta 1998 y 1999). La razón debe bus-

¹⁶ Rodríguez Velasco (1996, 185) comenta la siguiente cita del prólogo del *Victorial*, en la que ve la preocupación del autor por expresar su concepto de la caballería a través de la biografía de Pero Niño: “La causa material en aquesta obra es oficio e arte de cavallería; la causa heficiante es quien la fizo; la causa formal es loar los fechos de un buen cavallero; la causa final es provecho”.

¹⁷ El autor, ante la cuestión de cuál puede ser la enseñanza de las historias “compuestas y fengidas”, se responde “Por cierto, a mi ver, otra cosa no salvo los buenos enxemplos y doctrinas”. Las últimas palabras del prólogo, en las que explica en qué consistió su labor como refundidor, dan la clave de su percepción de la obra, cuyo tema será “la cavallería y actos della” (*Amadís*, 223-225). Sobre el problema de la “historia fingida”, ver Fogelquist (1982).

¹⁸ De él se hacen eco tanto don Juan Manuel en el prólogo del *Libro del Conde Lucanor*, con la metáfora del hígado, o el Arcipeste de Hita, con la de la mostaza y otras comparaciones (c. 17-18), como Rodríguez de Montalvo, con la imagen del salero de corcho con tiras de oro y plata (*Amadís*, 225). En estos casos se justifica el aspecto lúdico de la obra como una forma de atraer a los jóvenes, o a los lectores menos juiciosos, a la lectura de la parte didáctica. Sobre las metáforas relacionadas con el tópico del *delectare et prodesse* y la justificación del placer literario, es imprescindible la consulta de Olson (1982, especialmente 19-38).

carse, posiblemente, en que la enseñanza del *Amadís* está dirigida a los caballeros, mientras la del *Zifar* se dirige hacia los jefes militares.

BIBLIOGRAFÍA

- Alfonso X. 1972, facsímil de ed. 1807. *Las siete partidas del rey don Alfonso el Sabio, cotejadas con varios códices antiguos. Tomo II: Partida Segunda y Tercera, Tomo III: Partida Cuarta, Quinta, Sexta y Séptima*. Madrid: Real Academia de la Historia.
- Amadís* = Garci Rodríguez de Montalvo. 1991. *Amadís de Gaula*, ed. J. M. Cacho-Blecua. Madrid: Cátedra. 2 vols.
- Amezcuá, José. 1972. “La oposición de Montalvo al mundo de *Amadís de Gaula*”. *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 21, pp. 320-337.
- Avalle-Arce, Juan Bautista. 1990. *Amadís de Gaula: el primitivo y el de Montalvo*. México: FCE.
- Belianís de Grecia*. 1997. = Jerónimo Fernández. *Hystoria del magnánimo, valiente e inuencible cauallero don Belianís de Grecia*, ed. Lilia E. F. de Orduna. Kassel: Reichenberger. 2 vols.
- Beysterveldt, Anthony van. 1982. “La transformación de la misión del caballero andante”. *Zeitschrift für Romanische Philologie*, 97, pp. 352-369.
- Blanco, Antonio. 1998. *Esplandián, amadís, 500 años*. Valladolid: Diputación de Valladolid.
- Cacho Blecua, Juan Manuel. 1979. *Amadís: heroísmo mítico cortesano*. Madrid: Cupsa.
- Campos García Rojas, Axayácatl. 2002. “El Mediterráneo como representación de un imperio: moros, corsarios y gigantes paganos en *Tristán el Joven*”, en *Actas del II Congreso Internacional de Estudios Históricos: “el Mediterráneo, un mar de piratas y corsarios” (Santa Pola, Alicante del 23-27 de octubre, 2000)*, (Santa Pola: Ayuntamiento de Santa Pola, Concejalía de Cultura), pp. 285-91.
- Chevalier, Maxime. 1976. “El público de las novelas de caballerías”, *Lectura y lectores en la España del siglo XVI y XVII*. Madrid: Turner, pp. 65-103.
- Cierva, Ricardo de la. 1997. *Historia total de España: del hombre de Altamira al rey Juan Carlos. Lecciones amenas de historia profunda*. Toledo: Fénix.

Contamine, Philippe. 1984, 1ª ed. 1980. *La guerra en la Edad Media*. Barcelona: Labor.

Crónica incompleta de los Reyes Católicos. 1934. Ed. Julio Puyol. Madrid: Academia de la Historia.

Cuesta Torre, M. Luzdivina. 1995. “Libro de caballerías y propaganda política: Un trasunto novelesco de Carlos V”, *Mundos de Ficción (Actas del VI Congreso Internacional de la Asociación Española de Semiótica, Investigaciones Semióticas VI)*, eds. J. M. Pozuelo Yvancos y F. Vicente Gómez. Murcia: Universidad, t. I, pp. 553-560.

_____. 1999. “En torno al tema de la guerra en el *Libro del caballero Zifar*”, *Actas del VIIé Congrès de l’Associació Hispànica de Literatura Medieval*, Universidad de Castelló de la Plana, pp. 113-124.

_____. 1997. “Adaptación, refundición e imitación: de la materia artúrica a los libros de caballerías”. *Revista de Poética Medieval*, I, pp. 35-70.

_____. 1998. “Ética de la guerra en el *Libro del caballero Zifar*”. *Literatura de caballerías y orígenes de la novela*, ed. Rafael Beltrán. Valencia: Universitat, pp. 95-114.

_____. 2001. “Las ínsulas del *Zifar* y el *Amadís* y otras islas de hadas y gigantes”, *Fechos antiguos que los cavalleros en armas passaron. Estudios sobre la ficción caballeresca*, ed. Julián Acebrón Ruiz, Lleida, Edicions de la Universitat de Lleida (Colección Ensayos, *Scriptura* 11), pp. 11-39.

_____. 2002a. “La realidad histórica en la ficción de los libros de caballerías”, en *Libros de caballerías (de Amadís al Quijote) Poética, lectura, representación e identidad, (Actas del congreso internacional celebrado en Salamanca del 4 al 6 de junio de 2000)*, Salamanca, Universidad de Salamanca, pp. 87-109.

_____. 2002b. “El episodio del combate singular: de la novela artúrica francesa a los libros de caballerías españoles”, en *Estudios de Literatura comparada: Norte y sur; la sátira; transferencia y recepción de géneros y formas textuales. Actas del XIII Simposio Internacional de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada*, León, SELGYC-Universidad de León, 2002, pp. 519-530.

Demanda del Sancto Grial. 1907. *Libros de caballerías: Primera parte. Ciclo artúrico- Ciclo carolingio*, ed. A. Bonilla y San Martín. Madrid: Bailly-Baillièrre, pp. 163-338.

Erlanger, Ph. 1985. *Carlos V*. Barcelona: Salvat.

Fogelquist, James Donald. 1982. *El Amadís y el género de la historia fingida*. Madrid: Porrúa.

Gómez Moreno, Ángel. 1986. “La caballería como tema en la literatura medieval española: tratados teóricos”, *Homenaje a Pedro Sainz Rodríguez. Tomo II: Estudios de lengua y literatura*. Madrid: FUE, pp. 311-323.

Guijarro Ceballos, Javier. 1999. *El “Floriseo” de Fernando Bernal*. Mérida: Editora Regional de Extremadura.

Juan Manuel. 1968. *Libro de los estados*, ed. J. M. Castro Calvo. Barcelona: Universidad de Barcelona.

Keen, M. H. 1965. *The Laws of War in the Late Middle Ages*. London: Routledge and Kegan Paul- Toronto: University of Toronto Press.

Liss, Peggy K. 1992. *Isabel the Queen*. Oxford: Oxford University Press.

LCZ. 1982 = *Libro del caballero Zifar*, ed. Joaquín González Muela. Madrid: Castalia.

Lucía Megías, José Manuel. 1997. “Caballero, escudero, peón (Aproximación al mundo caballeresco del *Libro del cavallero Zifar*)”. *Scriptura*, 13, pp. 115-137.

Marín Pina, M. Carmen. 1996. “La ideología del poder y el espíritu de cruzada en la narrativa caballeresca del reinado fernandino”. *Fernando II de Aragón, el rey Católico*, ed. Esteban Sarasa. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, pp. 87-105.

_____. 1997. “La historia y los primeros libros de caballerías españoles”. *Medioevo y Literatura: Actas del V Congreso de la asociación Hispánica de Literatura Medieval*, ed. J. Paredes. Granada: Universidad y Diputación de Granada, t. III, pp. 183-192.

Mérida Jiménez, Rafael M. 1989. “Funcionalidad ética y estética del hada medieval en el *Amadís de Gaula* y en las *Segas de Esplandiá*”. *Congresso Internacional Bartolomeu Dias e a su época. Actas*, Porto, t. IV, pp. 475-488.

Mocedades de Rodrigo. 1982. Ed. Juan Victorio. Madrid: Espasa-Calpe.

Montaner Frutos, Alberto. 2008. “Del *Amadís* primitivo al de Montalvo: cuestiones de emblemática”. *Amadís, 500 años después. Estudios en homenaje a Juan Manuel Cacho Blecua*, eds. J. M. Lucía y M. C. Marín. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, pp.541-561.

Olson, Glending. (1982). *Literature as Recreation in the Later Middle Ages*. Ithaca and London: Cornell University Press.

Pulgar, Fernando del. 1943. *Crónica de los Reyes Católicos por su secretario: versión inédita*, ed. y estudio Juan de Mata Carriazo. Madrid: Espasa-Calpe.

- Ramos Nogales, Rafael. 1994. "Para la fecha del *Amadís de Gaula* ("Esta santa guerra que contra los infieles comenzada tienen)". *Boletín de la Real Academia Española*, 74/ 263, pp. 503-521.
- _____. 1995. "El *Amadís* y los nuevos libros de caballerías (1495-1530)". *Ínsula* 584-585, pp. 13-15.
- Riquer, Martín de. 1987. *Estudios sobre el Amadís de Gaula*. Barcelona: Sirmio.
- Rodríguez Velasco, Jesús D. 1996. *El debate sobre la caballería en el siglo xv: La tratadística caballeresca castellana en su marco europeo*. Valladolid: Junta de Castilla y León.
- Roubaud, Sylvia. 1990. "Cervantes y el Caballero de la Cruz". *NRFH*, 38, pp. 525-566.
- Ruiz de Conde, Justina. 1948. *El amor y el matrimonio secreto en los libros de caballerías*. Madrid: Aguilar.
- Russell, Frederick H. 1975. *The Just War in the Middle Ages*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Russell, P. E. 1978. "El descubrimiento de Las Canarias y el debate medieval acerca de los derechos de los príncipes y pueblos paganos". *Revista de Historia Canaria*, 36/171, pp. 9-32.
- Sánchez Prieto, Ana Belén. 1990. *Guerra y guerreros en España según las fuentes canónicas de la Edad Media*. Madrid: Servicio de Publicaciones del EME.
- Sesma Muñoz, J. Angel. 1992. *Fernando de Aragón. Hispaniorum Rex*. Zaragoza: Gobierno de Aragón.
- SHM. 1983= Servicio Histórico Militar, *Historia del ejército español*. Madrid: Becefe. 2 vols.
- Sieber, Harry. 1985. "The Romance of Chivalry in Spain from Rodríguez de Montalvo to Cervantes". *Romance, Generic Transformation from Chrétien de Troyes to Cervantes*, ed. K. Brownlee and M. Scordilis Brownlee. Hanover and London: University Press of New England, pp. 203-219.
- Soldevila, Ferrán. 1995. *Historia de España*. Barcelona: Crítica, t. I.
- Tarziabachi, Susana Lidia. 1992. "Sobre el «autor» y el «narrador» en el *Amadís de Gaula*". *Amadís de Gaula: Estudios sobre narrativa caballeresca castellana en la primera mitad del siglo XVI*, ed. Lilia E. F. de Orduna. Kassel: Reichenberger.
- Sales Dasí, Emilio J. 1999, "Garci Rodríguez de Montalvo, regidor de la noble villa de Medina del Campo". *Revista de Filología Española*, 79, pp. 123-158.

Tomás de Aquino. 1990. *Suma de Teología III. Parte II-II (a)*, ed. Ovidio Calle Campo y otros. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.

Torres Fontes, Juan. 1946. *Estudio sobre la "Crónica de Enrique IV" del Dr. Galíndez de Carvajal*. Murcia: Sucesores de Nogues-CSIC-Instituto Jerónimo Zurita-Seminario de Historia de la Universidad de Murcia.

Tristán el Joven. 1997. = *Tristán de Leóns y el rey don Tristán el Joven, su hijo*, ed. María Luzdivina Cuesta Torre. México: UNAM.

